



Los partidos políticos sí importan

Sergio Micco

Abogado, Magíster en C. Política y Doctor en Filosofía

La reciente iniciativa del gobierno en pro de transparentar la actividad política tiene un sentido de ética pública.

Es cierto que en Chile la desconfianza hacia los políticos ha aumentado constantemente, pero de ello debe deducirse que hay una muy importante tarea pendiente: las instituciones políticas, su legitimidad y eficacia, son esenciales para el desarrollo nacional.

La Moneda ha anunciado un conjunto de reformas al sistema político para una etapa de gobierno que distintos sectores han dado en llamar “un segundo tiempo” de la actual administración. Entre las modificaciones anunciadas, figuran el establecimiento de primarias para seleccionar a los candidatos a cargos de representación popular; la pérdida del escaño parlamentario de quien renuncie al partido que militaba al momento de ser electo; la inscripción automática y desafiliación voluntaria; el financiamiento de los partidos, el fortalecimiento de la transparencia de ellos y el cambio al sistema electoral.

Inmediatamente han surgido voces críticas que argumentan que entre las preocupaciones ciudadanas no están las materias

“políticas” y que las prioridades debieran ser las de orden socioeconómico. Es cierto que en Chile los niveles de desconfianza e insatisfacción con los políticos y con los partidos han aumentado constantemente. Pero de ello debiera deducirse precisamente que hay una tarea importante que está pendiente, pues las instituciones políticas, su legitimidad y eficacia, son esenciales para el desarrollo nacional.

La apuesta de las autoridades por abordar ese objetivo tiene justificación política, pero también un sentido de ética pública. La realización este año de elecciones municipales que serán antesala de las parlamentarias y presidenciales del próximo, será un examen a la importancia de los partidos en nuestra sociedad, de manera que el actual período es oportuno para comenzar a enfrentar como tarea nacional la urgente e imprescindible reforma de los mismos¹.

DESPRESTIGIO DE LOS PARTIDOS

Partamos por analizar lo que dicen los latinoamericanos de sus instituciones políticas. De acuerdo al *Latinobarómetro* del año 2007, los partidos políticos son las instituciones en las que menos confían los chilenos.

Tabla Nº 27: Confianza por año e Institución

	1996	1997	1998	1999 /2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007
Fuerzas Armadas	41	42	38	43	38	38	30	40	42	44	51
Policía	30	36	32	29	30	33	29	37	37	37	39
Sistema judicial	33	36	32	34	27	25	20	32	31	36	30
Congreso	27	36	27	28	24	23	17	24	28	27	29
Partidos Políticos	20	28	21	20	19	14	11	18	18	22	20

A pesar de todos los innegables éxitos de la consolidación democrática nacional y la bonanza económica, ya en 1998 el *Programa de las Naciones Unidas* para el Desarrollo, PNUD, dio cuenta de la generalizada desconfianza en la institucionalidad chilena. Numerosos estudios han ratificado, posteriormente, ese estado de ánimo.

Pero, ¿de qué se acusa a los partidos políticos? La encuesta CEP de diciembre de 2007 refleja que se les considera “poco transparentes” (36%) o que se dice de ellos que “son siempre los mismos, no hay renovación” (33%), “se apitan en los cargos de gobierno o de la municipalidad” (31%), “no se hacen cargo de sus errores” (30%), “corruptos” (27%), “faltos de ideas” (17%) y “no respetan a las minorías de sus partidos” (10%). Los que no les encuentran defectos muy importantes son solo 2%.

Esta crítica a los partidos es parte de un desinterés y un malestar mayores con la política, de los que no escapan ni la Constitución ni la gobernabilidad democrática. El *Barómetro CERC* es sintomático en ese sentido²: la legitimidad democrática ha bajado en cada uno de sus estudios anuales.

INDIVIDUACIÓN, GLOBALIZACIÓN Y PARTIDOS

La crítica generalizada obedece a numerosos factores y en la base de muchos de ellos se encuentra el hecho de que los chilenos vivimos un fuerte proceso de *individuación* que implica que ponemos menos esperanzas en la actividad política.

Valoramos cada vez más nuestra autonomía y nuestros derechos individuales. En la *Quinta Encuesta Nacional del Instituto Nacional de la Juventud, INJUV*, el 82% de los jóvenes chilenos cree que vivirá mejor que sus padres y que para ello deberá ejercitar su responsabilidad y tener metas claras.

Vivimos además tiempos de globalización, con una consecuente menor centralidad de la política como capacidad de gobierno y una sociedad contemporánea cada vez más influida por la economía y los medios de comunicación, además de una mayor autonomización de la judicatura y el fortalecimiento de la cultura del escrutinio político. Agreguemos la abierta complejización de la sociedad cuyo control estatal se hace inviable³. La política surge como un arte sólo susceptible de ser ejercido por unos pocos que poseen incluso un lenguaje y un conocimiento distintos. Los chilenos no entienden bien lo que discuten “los políticos”, menos cuando los implacables *rating* y *zapping* reducen todo a cuñas y notas periodísticas.

Una parte no despreciable de los servicios se ha privatizado, por lo que los chilenos de más altos ingresos no ven relación entre sus vidas y las políticas públicas. Los sectores populares, ante un menguado Estado, tampoco encuentran respuesta en él. Por eso la política y nuestra democracia aparecen como no relevantes para los dos Chile, el exitoso y el perdedor⁴.

Por último, quienes han participado en la vida interna de los partidos, muchas veces no han tenido una experiencia grata. Suele ser muy duro ver la distancia entre los ideales que se proclaman y las crudas luchas de poder que se practican. Asustan las divisiones en partidos políticos —que debieran ser comunidades de correligionarios amantes de un ideal— y el ciudadano común y corriente se enfrentará a la gran dificultad de hacer valer su voz al enfrentarse a incumbentes

¹ Esto ya lo hizo *Mensaje* de junio del 2007 reflexionando acerca de las reformas institucionales pendientes.

² Según el *Barómetro CERC*, en septiembre de 2004 un 27% de los chilenos opinaba que la Constitución era *de la Derecha*, un 21% de *los militares*, un 16% de *la mayoría de los chilenos*, un 15% de *todos los chilenos* y un 2% de *la Concertación*. No hay consenso constitucional en Chile; más bien hay un “malestar constitucional”, es decir, una conciencia mayoritaria de que nuestra ley fundamental no es de todos.

³ Von Beyme, Klaus; *Teoría Política del Siglo XX. De la Modernidad a la Posmodernidad*, Alianza Universidad, Madrid, 1994.

⁴ Editorial de *Mensaje*, julio de 2006.

profesionales de la política que al vivir *de ella y para ella*, acumulan experiencia, destreza, información y recursos que los hacen casi imbatibles. No es raro entonces que miles de abnegados militantes de los años 80 hayan vivido un verdadero éxodo a la vida familiar o a las diversas opciones que les ofrece una sociedad de consumo.

HACEMOS MAL AL NO PREOCUPARNOS

Es oportuno realizar una defensa de la política frente a quienes priorizan de manera desmesurada los desafíos socioeconómicos.

El Nobel de Economía Douglas North es el padre de la “nueva economía institucional”, que apunta a sostener que la mala política es fatal para el crecimiento económico pues estados incapaces de recaudar impuestos fracasan en sus objetivos fundamentales. El economista Jeffrey Sachs sostiene que estados que no prestan adecuados servicios ni invierten con eficacia en educación y capacitación, condenan a sus países a la pobreza⁵. El propio Francis Fukuyama declara que estados débiles causan los peores males como la pobreza, el sida, las drogas o el terrorismo⁶. Y, en palabras de Giovanni Sartori, hay una “evidencia abrumadora de que, a menos que una democracia consiga crear a lo largo del tiempo un consenso básico consonante, funcionará como una democracia frágil y con dificultades”⁷. Necesitamos desarrollo político, es decir, “la creación de instituciones estatales formales de creciente alcance y complejidad que sirvan para promover la acción colectiva y mitigar el conflicto social”⁸. Por ende, hacemos mal en no preocuparnos de los temas “políticos”.

Sin embargo, los chilenos no estamos dispuestos a pagar los costos de la

Reclamamos nuestros derechos pero no asumimos nuestros deberes. Pedimos a los partidos transparencia, pero nos molesta cuando los vemos públicamente divididos. Odiamos que ellos sean financiados por empresas o mediante expolio estatal, pero no estamos dispuestos a pagar cuotas ni a contribuir mediante impuestos.

participación y eso, en tiempos de crisis social, puede ser fatal para la democracia. Anotemos, como ya lo ha hecho *Mensaje*, que la rebelión “pingüina”, las acciones de los trabajadores subcontratados más las mediaciones de la propia Conferencia Episcopal, han demostrado que nuestro sistema político no procesa adecuadamente las necesidades ni las demandas.

Respecto de los partidos, nuestro descuido parece ser igualmente negativo. Reclamamos por nuestros derechos pero no estamos dispuestos a cumplir con nuestros deberes⁹. Pedimos a los partidos transparencia, pero nos molesta cuando los vemos públicamente divididos. Odiamos que ellos sean financiados por empresas privadas o mediante expolio estatal, pero no estamos dispuestos a pagar cuotas ni menos contribuir a su financiamiento mediante nuestros impuestos. Pedimos a los políticos que se dediquen con devoción, sabiduría y conocimiento especializado a la actividad pública, pero nos molesta la profesionalización de la política. Reclamamos limitar las reelecciones, pero hay que andar *buscando a lazo* a ciudadanos destacados dispuestos a sacrificar vida familiar y laboral para participar en una campaña electoral.

Nos molesta cuando vemos que todos los partidos son iguales, pero nos alarmamos cuando los vemos enfrentados. Añoramos la unidad nacional pero valoramos nuestra diversidad, por lo que no es raro entonces que nuestros representantes populares se agrupen en

torno a ideas e intereses geográficos, de género, étnicos, sociales y étnicos diferentes. De hecho, los partidos chilenos nos unen más que nos dividen, pues nos organizan en cinco o seis grandes corrientes de opinión que evitan la caótica fragmentación en diez millones de voces ciudadanas distintas. La sociedad chilena es pluralista y su diversidad es su riqueza cuando se encausa a través de la deliberación y la resolución pacífica de sus diferencias, para lo cual son centrales los partidos políticos.

Igualmente, debemos valorar la función de representación política que cumplen los partidos. Como dice Robert Dahl, los requerimos “por sobre todas las razones, por el tiempo. Los ciudadanos no pueden estar en reunión permanente. El tiempo consagrado a la toma de decisiones está limitado tanto porque las personas involucradas no desean dedicar una cantidad desmedida de tiempo a las decisiones como por los plazos determinados por acontecimientos que no pueden esperar”¹⁰.

Todos esos factores dan cuenta de la importancia de nuestros partidos políticos. Ellos movilizan al electorado, estructuran parte de la agenda pública, contribuyen a formar los gobiernos, socializan políticamente a los ciudadanos, articulan y agregan el sinfín de demandas sociales. Pero, por sobre todas las cosas, reclutan a los candidatos a representar al pueblo o a conducir el Gobierno. Si esta función la hacen mal, todo el sistema político democrático se resiente.

⁵ Sachs, Jeffrey: *El fin de la pobreza*. Editorial Debate, Buenos Aires, Argentina, 2006.

⁶ Fukuyama, Francis: *América en la encrucijada*. Ediciones B, Barcelona, España, 2007.

⁷ Sartori, Giovanni: “Los fundamentos del pluralismo” en revista *La Política, Número 1, Liberalismo, comunitarismo y democracia*. Paidós, Barcelona, España; 1996.

⁸ Fukuyama, Francis: *La construcción del Estado*. Ediciones B, Buenos Aires, Argentina, 2004.

⁹ Contraria a esta actitud, *Mensaje* ha expresado apoyo a la inscripción automática y el voto obligatorio: Editorial de septiembre de 2006.

Por ello haríamos bien en preocuparnos qué está ocurriendo en los partidos políticos chilenos. Buena parte de la crítica hacia ellos se basa en sólidos hechos pero si esa crítica no conduce a nada, lo único que estaremos haciendo es contribuir aún más al descrédito de la política y a alejar a kilómetros de distancia a quienes, impulsados por un sincero deseo de vocación pública, están evaluando ingresar activamente a ella.

¿QUÉ HACER CON LOS PARTIDOS?

Es necesario acercarnos a nuestros partidos y mejorar la democracia interna: contribuir a generar verdaderos “estados de Derecho” internos. Los padrones de militantes y los derechos de estos, las fechas de renovación de autoridades y la transparencia en el financiamiento, entre otros temas, deben ser estrictamente normados y, sobre todo, rigurosamente respetados. Se debe limitar el número de mandatos de los representantes populares y prohibir la acumulación de cargos. Así se institucionalizarán los partidos políticos, contarán con procedimientos estables, legítimos y regulados por normas objetivas y no caudillos individualistas y efímeros.

Es decisivo el fortalecimiento del *asociativismo* y de los actores sociales. Insistamos en que la rebelión “pinguina”, el debate acerca del *salario ético* y la situación de los subcontratistas demuestran el poder de la sociedad civil en la que los partidos políticos deben insertarse. Esta dimensión es clave. La *receptividad* de los partidos implica que ellos deben estar atentos a las encuestas, practicar las elecciones limpiamente y tener sólidas raíces en la sociedad, atendiendo a los movimientos sociales. Deben ser activos promotores del control democrático en todos los ámbitos,

sobre todo en los emergentes, como son los medios de comunicación social, grupos de presión y mundo transnacional.

Es obvio que la reforma del sistema electoral chileno es clave para incentivar la participación y, al mismo tiempo, facilitar la incorporación de todos los actores políticos al sistema, ayudando a mejorar la representación política y a enfrentar la desafección ciudadana. Los representantes así electos, junto con sus partidos, *tienen la obligación de dar cuenta* cada cierto tiempo a sus votantes. Si seguimos generando nuestros candidatos a través de cerradas negociaciones amparados en el binominal no es raro que nuestros representantes se deban más a sus electores inmediatos que al pueblo todo¹¹.

Otro tema decisivo es el financiamiento público como vía para aumentar la independencia, transparencia, institucionalización y probidad de nuestros partidos. Dichas asignaciones debieran estar ligadas al desarrollo de determinadas tareas: educación cívica de ciudadanos y adherentes; formación y capacitación militante; provisión de servicios de asesoría a dirigentes y representantes populares en los distintos niveles del sistema político; generación de plataformas programáticas y propuestas de política pública. Esto es central para promover otra característica central de un partido político moderno cual es su *responsabilidad*. Los partidos deben tener los medios para cumplir adecuadamente sus funciones y compromisos, respondiendo por lo *bien hecho*, lo *mal hecho* y lo *no hecho*¹².

Volvamos a escuchar al pueblo. Estas son reformas que necesitamos los chilenos.

¿Cuál es el principal desafío que tienen los líderes económicos y políticos chilenos? (porcentaje)

No tener miedo a decir lo que piensan	17
Conocer mejor las necesidades de gente como uno	49
Incentivar la participación de la gente	14
Ir a la par con los cambios de la sociedad	10
Aceptar las críticas	7
NS-NR	3

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 2004.

Pero, por sobre todas las cosas, necesitamos atrevernos a generar un movimiento republicano en Chile. Uno que traspase a todos los partidos políticos y en el que se promueva el ideal del Bicentenario: fundar el gobierno de los muchos en aras del bien común. Formar comunidades de estudio, deliberación y acción para promover un régimen político donde todos seamos igualmente libres, en una comunidad política soberana, es decir, independiente y que se autogobierna. Para fundar esa nueva república requerimos de ciudadanos virtuosos, es decir, aquellos cuyo amor por la patria los lleve a sacrificar sus legítimos intereses particulares en pro del bien vivir de la multitud. Esos son los ciudadanos que deben venir y con coraje atreverse a practicar ese noble arte que es la política, en el más duro y exigente de los lugares: en el partido político. **MSJ**

¹⁰ Dahl, Robert: *¿Después de la revolución?*. Gedisa Editorial, Barcelona, España; 1994, p. 57.

¹¹ Editorial de *Mensaje* de septiembre del 2006.

¹² Acerca de la forma cómo la receptividad, la responsabilidad y la rendición de cuentas pueden desarrollarse en los partidos políticos modernos, y cómo éstos se han ido reformando a partir de los modelos burocráticos de masas y profesionales electorales, ver: Montero, José Ramón; Gunther, Richard y Linz, Juan, *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos*, Editorial Trotta, Madrid, España, 2007.